



# LA CIUDAD QUE NOS HABITA

Antología del Concurso  
Literario Arcilla

**Florencia Capitaine**  
**Fausto Couzo Aspitia**  
(Coords.)



# **La ciudad que nos habita**

*Antología del Concurso  
Literario Arcilla*

Florencia Capitaine  
Fausto Couzo Aspitia  
(Coords.)

La ciudad que nos habita. Antología del Concurso Literario Arcilla / Camila Biasotti...[et al.]. - 1a ed. - Córdoba : Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1776-1

1. Literatura. 2. Jóvenes. I. Biasotti, Camila.

CDD A860.9283



**Correctora:** Candela Páez

**Diagramación y diseño:** María Bella

2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.



## Chin chin

*Por Guadalupe Zaballo Dapuez*

Cerca de las doce del mediodía me encuentro con Pablo en la esquinilla de Achával Rodríguez y Belgrano. Lo sigo hasta llegar a un portón rojo medio oxidado. Espero que me explique por qué no estamos sentados en algún lugar donde me pueda pedir un platazo de ñoquis. Desde anoche estoy antojada de ñoquis con salsa mixta, tengo más ganas de comer los ñoquis que de hablar con Pablo, capaz no tengo ganas de hablar con Pablo directamente.

Es la segunda vez que nos vemos desde que decidimos cortar, la primera fue cuando me llevó al trabajo una camisa que me había dejado en su departamento. Esta vez no es un encuentro casual o un pedido rápido para solucionar uno de los miles de problemas que vienen cuando estoy trabajando hasta tarde en el kiosco. La segunda vez es para «aclarar las cosas», porque al parecer entendimos las cosas mal y ahora tenemos historias distintas en la cabeza. Lo peor es que yo le pedí que nos viéramos: un mensaje bastante largo en tono de súplica. Ahora no sé si quiero hablar con Pablo, aclarar las cosas parece enredar más todo. Capaz todo es peor, cuando la gente corta una relación siempre se entiende todo como el culo. Después se odian un rato, o vuelven a empezar todo de nuevo. ¿Por qué no puedo resignarme a eso? Por lo menos voy a sacarme el antojo de los ñoquis, si es que vamos a almorzar a algún lado.

La puerta se abre despacio, como si la persona del otro lado tuviera mucho sueño o ganas de generar suspenso.

—Te va a gustar este lugar, ya vas a ver —dice Pablo mientras se toma el atrevimiento de ponerme una mano en la espalda baja para hacerme cruzar el umbral.

Del otro lado del portón hay un patio con el suelo lleno de piedritas de colores. Mesas de todas las formas y tamaños están distribuidas por el espacio; al fondo, atrás de una fuente con forma de querubín recubierta de musgo, hay una casita de ladrillo visto con las ventanas abiertas de par en par. La chica que abrió la puerta nos

invita a tomar asiento ahí, cerca de otras dos parejas ubicadas en mesas completamente distintas.

Estamos frente a frente. Pablo no deja de hablar sobre las propiedades curativas del romero, pero la verdad es que no lo escucho a él, sino a una de las parejas que tenemos cerca. Discuten calmadamente, usan palabras hirientes y cada tanto cortan para comer la comida muy bien presentada que tienen en unos platos grandes de color negro. Ella debe de estar por cumplir treinta, lleva puesto un vestido verde oscuro con breteles finísimos y me da frío de solo verla porque en el patio corre un viento fresquito y debemos de estar cerca de los diecinueve grados. Su acompañante pasa de los treinta, es rubio y tiene la nariz como un actor cuyo nombre no puedo acordarme. Los cubiertos se ven diminutos en sus manos y sonríe cada vez que ella le dice un cumplido camuflado entre palabras crueles.

Pablo ya no habla, me mira fijo, seguro sabe que estoy divagando.

—¿Cuándo dejaste de escucharme?

—Algo sobre aceite de romero.

—Bueno, te pedí unos ñoquis.

—¿Cómo sabías?

—Me lo dijo un pajarito.

La moza se acerca con una bandeja enorme. Nos deja los platos y después vuelve con dos copas, una en cada mano, rellenas de un líquido dorado. Cuando le pregunto qué es eso, solamente me sonríe mientras se aleja rumbo a la casita, así que le repito la pregunta a Pablo.

—Es por lo que te traje acá, pero no te voy a contar de qué se trata hasta que lo tomemos. Mientras, te puedo decir que este lugar es super solicitado por sus brebajes, tuve que reservar esta mesa con muchísima anticipación.

—Pero yo te hablé para que nos juntemos hace muy poco.

—Sí, lo reservé antes. Antes de todo. Fue pura suerte que me hablaras antes de que cancelara la reserva.

Rarísimo. Con Pablo nunca se trataba de suerte, todo eran hechos calculados, cronometrados con el reloj pulsera. Comencé a pensar que toda esta reunión para aclarar las cosas no había sido realmente idea mía. Me pregunta si son buenos los ñoquis.

—Sí, se nota que son caseros —Si le dijera que son los mejores ñoquis que probé en mi vida, seguro se pasaría el resto del almuerzo hablando sobre lo bien que toma decisiones y la verdad es que no quiero escucharlo. Estiro la mano y agarro la copa con el contenido brillante—. Bueno, voy a probar esto.

—Esperame, tenemos que probarlo juntos.

Nos llevamos la copa a los labios al mismo tiempo y le damos el primer trago. El líquido burbujeante me hace cosquillas en la lengua, tiene gusto a caramelo, pero también a vino tinto. Con un segundo trago vaciamos las copas y los sabores se quedan dando vueltas por mi boca. Me siento un poco mareada, como cuando era chiquita y mi abuela tenía que curarme el empacho. Se me escapa un “increíble”.

—¿Viste? Yo sabía que te iba a gustar. Lo recomendó mi tío, dicen que es distinto en cada persona. El mío tiene gusto a romero, seguro usan las mismas plantas del jardín.

—Pablo, la verdad que no quiero escucharte hablar.

Él se queda callado, yo lo miro con los ojos bien abiertos. Solamente lo pensé y mi boca se abrió, no quería decirlo. Las palabras salieron sin pedirme permiso y ahora iba a tener que disculparme por mi comportamiento de chiquita caprichosa. Pablo comienza a reírse.

—Parece que el efecto es inmediato —dice y me explica—: Lo que tomamos, no sé qué es lo que le ponen, pero te hace decir la verdad. O lo que pensás. No sé si la verdad. ¿De verdad no querés escucharme hablar?

Trato de morderme la lengua, de no pensar.

—Lo que faltaba. El pelotudo de mi exnovio, que encima me lee la mente y me hace organizar una reunión que al parecer él ya tenía planeada, arregla con los dueños de un bar clandestino y me droga ¿para qué? Esto es tan típico de vos, Pablo.

—Me parece que la que quería aclarar las cosas acá eras vos.

—Ay, Pablo, no te hagás el tonto. —Ya no puedo parar, empecé a hablar y ya no puedo parar. Pincho un ñoqui con el tenedor y me lo llevo a la boca, sigo soltando pavadas mientras mastico—. Sabés bien de qué te estoy hablando. Siempre sabés de qué estoy hablando, incluso cuando no estoy hablando. Harta estoy. Y estos ñoquis están

riquísimos. Los mejores ñoquis que comí en mi vida, la puta madre que me parió. ¿Ahora cómo me callo?

Tomo agua, porque me duele la lengua ahí donde me mordí y porque quiero que se pase este sincericidio que me está atacando. La pareja se está levantando para irse. Salen de la mano, mirándose a los ojos como si acabaran de enamorarse. El estómago se me revuelve.

—Tranquilizate nena, se te va a pasar en media hora. Mientras podemos hablar, aclarar las cosas. Pedir un postre.

—No quiero postre, quiero que me digas cómo haces para saber todo lo que pienso. Porque en realidad sí quiero postre, algo con chocolate, pero no quiero darte el gusto. Nunca.

—No es tan difícil saber qué querés, sos bastante básica.

—Vos sos un pelotudo.

—Nos conocemos muy bien. Un año de relación y ya sorteamos todas las fichas. Tenemos el cartón lleno, Jazmín, ¿qué más podemos pedir? Ah, postre. Siempre querés más, capaz tan básica no sos.

Nunca lo escuché hablarme así, sé que lo de básica era un chiste que tenía con sus amigos: nosotros tan intelectuales y nuestras minas todas tan básicas. La moza se acerca sin que la hayamos llamado, nos pregunta si queremos algo más.

—Sí —le digo mirándola con odio—; recuperar un año de mi vida y dos porciones de torta de chocolate.

Pablo empieza a reírse. Cuando se ríe se le marcan los hoyuelos y parece que tuviera cinco años menos. La primera vez que lo vi así fue después de un recital, sentados en una vereda del abasto mientras nos hacíamos preguntas triviales.

—No podés ser más lindo cuando te reís.

Deja de reírse, me mira extrañado, se estira por sobre la mesa sin tirar nada y me corre los dos dedos que tengo de flequillo para medirme la fiebre. Me pregunta si estoy bien. Le saco la lengua, que todavía me sangra un poco porque intenté morderla de nuevo.

—Te odio. No, no te odio. Pero odio que con sólo reírte hagas que se me vaya el mal humor. Llegan las dos porciones de torta, como si la moza quisiera alivianar el ambiente de a poquito. También nos trae otra botella de agua, antes de irse me guiña el ojo.

Después, mi exnovio se da vuelta y le hace un gesto a la moza. Típico, nunca me deja pedir la cuenta. No tengo idea de cuánto le salió a Pablo este almuerzo, pero debe de ser carísimo.

—Bueno, ¿nos vamos?

Es una afirmación camuflada en una pregunta, es más una orden que todo lo anterior. Camino hasta el portón rojo sin intención de cruzar mirada con Pablo, tengo miedo de verlo como la mujer del vestido verde miraba a su acompañante.

Estamos de nuevo en donde nos encontramos. Pablo me agarra del mentón para darme un beso y yo lo dejo. Nos miramos a los ojos, embobados. El mareo que tenía, muy parecido a un empacho, empieza a irse.

Caminamos juntos por la cañada, él habla sobre los árboles. Deben ser cerca de las tres de la tarde, el tiempo en el centro empieza a pasar más lento a la siesta. Yo miro a Pablo a los ojos y me doy cuenta de que no quiero que deje de hablar, nunca.

